

## NOTAS SOBRE LAS ESTELAS DECORADAS DEL SUROESTE Y LOS ORIGENES DE TARTESSOS \*

*M. Bendala Galán*

1. Las etapas correspondientes al Bronce final y a los comienzos de la Edad del Hierro constituyen una fase de gran importancia en el acontecer histórico de nuestra Península. Por entonces, la intensificación de las relaciones con los pueblos mediterráneos, consolidándose las colonizaciones históricas, el fenómeno de la indoeuropeización, y otros, determinarán en buena parte las entidades culturales que veremos actuar en los inmediatos tiempos históricos. Son momentos de una extraordinaria complejidad histórica por la interacción de múltiples factores, de forma que aparecen en nuestra historiografía como una auténtica «edad oscura», similar a la que afectó a Grecia tras la ruina de cultura micénica. Los fenómenos que se registran en ambos extremos del Mediterráneo son, en efecto, de parecida índole, e incluso relacionados entre sí.

Nuestro estudio pretende arrojar alguna luz sobre este período oscuro, para lo que centraremos nuestra atención en la región tartésica, lo que obligará, por otra parte, a tener en cuenta otros sectores peninsulares o extrapeninsulares relacionados con ella.

---

(\*) El presente artículo se ha visto notablemente enriquecido y depurado por las discusiones científicas sostenidas con el profesor Pellicer y, sobre todo, con José María Luzón, a quien debo sugerencias sustanciales. Quiero expresar igualmente mi agradecimiento a los miembros diávidos del Instituto Español de Arqueología con quienes he discutido sobre los problemas aquí planteados.

Serán ejes de nuestras reflexiones dos grupos de testimonios arqueológicos de especial relevancia para el sector y la época que nos proponemos estudiar: el depósito de la ría de Huelva y las estelas decoradas del suroeste, especialmente estas últimas, por la riqueza de su contenido cultural.

Como base metodológica previa, digamos que la problemática reflejada en la bibliografía existente acerca del Mediodía o el Suroeste peninsular en la primera mitad del primer milenio se centra en la valoración atribuible a una serie de corrientes humanas y culturales de diferente signo: de un lado, la influencia continental indoeuropea, de otro, la derivada de los contactos con los pueblos atlánticos, y de otro, la acción de los pueblos colonizadores mediterráneos. A ello hay que sumar, lógicamente, los sustratos culturales preexistentes, igualmente determinantes del resultado histórico final. Los numerosos autores que se han ocupado y ocupan del tema, adoptan una actitud crítica determinada, en la que se destaca la primacía, el papel determinante, de alguno de los factores aludidos, o de todos ellos. Trataremos de presentar ahora el estado actual de la cuestión y de sugerir otros caminos de solución a los múltiples problemas planteados, en los casos en que sea posible, y de abrir nuevos interrogantes como primer paso para la obtención de nuevas soluciones.

2.1. El depósito de la ría de Huelva fue hallado en los meses de marzo y abril de 1923, y, tras la publicación de varias noticias sobre el hallazgo, fue estudiado sistemáticamente por el profesor Almagro Basch<sup>1</sup>. Los elementos de que constaba, espadas, puñales, puntas y regatones de lanza, fíbulas y otros objetos, ofrecían un conjunto del mayor interés para el conocimiento de la protohistoria hispana. Las conclusiones de Almagro eran, en síntesis, las siguientes:

- Las espadas pertenecen a un tipo nacido en el centro de Europa en la Edad del Bronce, que se difunde luego en todas direcciones; hacia el Este, llegarán a Creta, Micenas o Egipto;

---

1. M. Almagro Basch, «El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa», *Ampurias*, 2, 1939, 85 y ss.; también en *Inventaria Archeologica*, Esp., fasc. 6, 1962.

por el Oeste, se extienden hacia Francia e Inglaterra, penetrando en esta dirección hasta nuestras regiones más occidentales. El tipo de las espadas españolas resultaría ser el extremo de una evolución que las aparta sensiblemente de los modelos originarios. Los puñales ofrecen la misma tipología que las espadas.

- La fecha de las espadas onubenses debe estar por debajo del 750 a. de J.C.
- Las puntas de lanza, con empuñadura de tubo y fuerte nervio redondeado, presentan rasgos formales que las acercan a las espadas, sobre todo el característico aguzamiento de la punta. Serían, como aquéllas, muy características de España. Los regatones, en cambio, ofrecen una tipología con claros paralelos en el Mediterráneo oriental.
- Las fíbulas del depósito corresponden al tipo de fíbulas de codo, derivadas de las fíbulas de Casibile, de Sicilia, y directamente emparentadas con tipos muy difundidos por el Mediterráneo. Son más tardías y evolucionadas que las estimadas como originarias, y su fecha podría quedar englobada en el siglo VIII<sup>2</sup>.
- En conclusión, el depósito de Huelva sería la manifestación de contactos con pueblos europeos cuyas relaciones principales se establecerían a través del Atlántico. Reflejarían la llegada y predominio en Huelva de los celtas o gentes pre-célticas de origen europeo —los *cempsí* mencionados en el Periplo de Avieno— en fechas de hacia la mitad del siglo VIII.

2.2. Las estelas decoradas del Suroeste se hallan íntimamente ligadas al depósito de Huelva por razones de todos conocidas, entre las que están la coincidencia cronológica, la proximidad geográfica, y el hecho de que en ellas aparecen representadas armas y objetos similares a los hallados en Huelva. Ya en 1898, M. Roso de Luna dio a conocer la estela de Solana de Cabañas<sup>3</sup>, con cuya publicación comenzó el interés de los arqueólogos por estos importantes monu-

2. Véanse también los trabajos de M. Almagro: «La cronología de las fíbulas españolas de codo», *Saitabi* 1, 1940-43, 1 y ss.; «Las fíbulas de codo de la ría de Huelva. Su origen y cronología», *Cuad. de Trab. de la Esc. Esp. de Hist. y Arq. en Roma* 9, 1957, 7 y ss.; A propósito de la fecha de las fíbulas de Huelva», *Ampurias* 19-20, 1957-58, 198 y ss.

3. *BRAH* 32-33, 1898, 179 y ss.

mentos. Leite de Vasconcelos, Breuil, Bosch Gimpera, Cabré, Fernández Oxea, Mac White y otros autores se ocuparon alguna vez de las estelas, para cuyo análisis y conocimiento sería un impulso decisivo el estudio general del profesor Almagro Basch sobre el tema<sup>4</sup>. Quedaban recogidas en él las conocidas hasta entonces, con buenas ilustraciones, acompañadas de la correspondiente crítica arqueológica. El interés por las estelas se multiplicó al estímulo de la publicación del libro, y nuevos trabajos, del propio Almagro y de otros autores, enriquecerían su conocimiento<sup>5</sup>.

Muy sintéticamente, las conclusiones de M. Almagro sobre las estelas son como sigue:

- Existen dos tipos bien diferenciados: El I agrupa las losas, mejor que estelas, de la zona alemtejana. Representan en relieve armas y útiles correspondientes a un horizonte cultural del Bronce pleno, entre los que figura habitualmente una especie de ídolo ancoriforme conectable con los de la cultura megalítica. Suelen ser losas de pizarra de poco espesor destinadas a cubrir tumbas de inhumación.
- El tipo II engloba a las estelas grabadas, que debían ir hincadas en el suelo señalando el lugar de la tumba, parece que de inhumación, y trabajadas generalmente en granito o piedras duras. Los motivos representados son armas y, en algunos casos, carros de guerra y figuras humanas. Las armas representadas son espadas, lanzas, escudos redondos, frecuentemente con escotaduras en V, machetes cortos y arcos y flechas. También se representan espejos y otros objetos más difícilmente identificables, que pueden ser peines y fibu-

---

4. M. Almagro Basch, *Las estelas decoradas del suroeste peninsular*, B.P.H. 8, Madrid, 1966.

5. M. Almagro Basch, «Dos nuevas estelas decoradas de la Andalucía occidental», *XI CAN* (Mérida, 1968, Zaragoza, 1970, 315 y ss.; ídem, «Nuevas estelas decoradas de la Península Ibérica», *Miscelánea Arqueológica* 1, Barcelona, 1974, 5 y ss.; A. Blanco, J. M. Luzón, D. Ruiz, «Panorama tartésico en Andalucía occidental», *Tartessos. V Symposium Int. de Preh. Peninsular* (Jerez, 1968), Barcelona, 1969, 119 y ss.; V. Pingel, «Bemerkungen zu den ritverzierten Stelen und zur beginnenden Eisenzeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel»; *Hamburger Beiträge zur Archäologie*, B. IV, 1974; H. Schubart, *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*, Mad. Forsch., Berlin, 1975; D. Oliva Alonso y R. Chasco Vila, «Una estela funeraria con escudo de escotadura en U en la provincia de Sevilla», *Trab. de Prehistoria* 33, 1976, 387 y ss.; V. Sos Baynat, «Una placa sepulcral de la Edad del Bronce de las proximidades de Badajoz», *V Cong. de Est. Clásicos (Ponencias VII y VIII, Arqueología y Arte Antiguo)*, Badajoz, 1976, 49 y ss.

6. Es el caso de la hallada recientemente en el término de Los Palacios y publicada en el artículo citado en penúltimo lugar de la nota anterior.

las de codo. El estilo de los grabados es muy esquemático y geometrizable. El área de difusión de este tipo de estelas comprende el curso medio y bajo del Guadalquivir y penetra por el interior hasta las cuencas del Guadiana y del Tajo, concentrándose preferentemente en la región extremeña. Varios ejemplares han aparecido en la cuenca del Ebro y el Mediodía francés.

- Las losas alemtejanas, de tradición más antigua, cabría fecharlas entre los años 1000 y 800 a. de J.C. De ellas derivarían las estelas grabadas, cuyas fechas se extenderían desde el siglo VIII hasta el VII.

3. Hasta aquí las teorías defendidas por Almagro Basch, con base en las cuales, y con las aportaciones de otros autores, replantearemos ahora algunos problemas.

En primer lugar, parece claro que los dos conjuntos de estelas, las alemtejanas y las grabadas, forman grupos independientes, entre los que no se ve claro la derivación del segundo a partir del primero. Las losas alemtejanas, aparecidas en una zona muy concreta, con escasa difusión<sup>7</sup>, presentan armas, como la espada de hoja ancha y unida a la empuñadura por varios clavos, que corresponden a momentos avanzados del Bronce pleno, y otras de tradición aún más antigua, como las alabardas. No hay que olvidar la presencia de los problemáticos ídolos, de los que se ha pensado también que pueden ser armas, y que enlazan con formas de religiosidad propias del Eneolítico.

Las espadas que aparecen en las estelas grabadas extremeño-andaluzas corresponden, en general, a tipos más modernos, con amplios gavilanes en la empuñadura y formas que las vinculan, como ya se dijo, a las espadas del Bronce final del depósito onubense. Y lo mismo cabe decir de las lanzas.

Desde el punto de vista estilístico, las losas alemtejanas muestran sus figuraciones en relieve y con acusado realismo. En muchos casos, las armas y utensilios están descritos minuciosamente, y pueden observarse los clavos que fijan las empuñadura de las

---

7. Fuera del Alemtejo, la de Preixana muestra algunos rasgos comunes con ellas. Cf. M. Almagro, *Misc. Arq.* 1, 1974, 32-39. También una en las cercanías de Priego (Córdoba): M. L. Cano, *Trab. de Preh.* 34, 1977, 331-336.

espadas, los cinturones de los que éstas pendían, las cintas que servían para colgarse los objetos ancoriformes, y otros detalles. Las estelas del segundo grupo, por el contrario, fueron decoradas mediante grabados de diseño muy esquemático; la realidad no es «descrita», sino simplemente «aludida» por el grabador. El lenguaje formal es, en suma, radicalmente distinto.

Pero quizás sea más decisivo el hecho de que las estelas del grupo alemtejano son, en realidad, losas para cubrir sepulturas, mientras que las extremeño-andaluzas son verdaderas estelas para clavar junto al enterramiento. Aquéllas son como una sustitución del ajuar; éstas, un monumento exterior con mucho de honorífico, aspecto especialmente destacado en las estelas con representaciones humanas. Responden, pues, a concepciones funerario-religiosas diferentes, y no es fácil, como decíamos, deducir el paso a las más modernas partiendo de las alemtejanas. Hay que decir, no obstante, que se da el caso de una losa alemtejana, la de San Juan de Negrilhos, que ofrece la representación de las armas típicas de su grupo (espada con cinto y alabarda), pero utilizando la técnica del grabado, no la del relieve, como es norma. Quizás, más que prueba de la transición de un tipo a otro, como se ha supuesto, cabría pensar que su caso particular se deba a la influencia ejercida en los realizadores de las losas alemtejanas por los grabadores extremeños<sup>8</sup>.

Entremos ya en la discusión de algunos aspectos de las estelas grabadas. Conviene subrayar cuáles son los que nos permiten inferir sus relaciones con las zonas culturales que en estos momentos están influyendo, más o menos directamente, en su área de difusión. En otras palabras, y recordando lo dicho anteriormente, se impone analizar qué elementos nos hablan de relaciones mediterráneas, y cuáles de influencias de carácter indoeuropeo, corrientes ambas admitidas en principio.

Uno de los elementos más expresivos es el escudo, cuyos orígenes en el Mediterráneo oriental fueron sobradamente demostrados por Almagro<sup>9</sup>. Las estelas españolas muestran escudos redondos de borde continuo, o con escotaduras en V. Sólo la estela de Dos Hermanas (Sevilla) muestra escotaduras en U, circunstancia de indu-

8. Como monumentos independientes, con rasgos y significado propios, las estudia Pingel en el artículo citado.

9. *Las estelas decoradas...*, 156-170.

dable interés arqueológico para el estudio de la difusión de esta variante, pero que no afecta al esquema general de conclusiones trazado por Almagro sobre el particular<sup>10</sup>. Las fechas atribuibles a la generalidad de estos escudos corresponden al siglo VIII, quizás con perduraciones algo más tardías.

Los cascos y yelmos son, asimismo, del mayor interés. Los de cuernos son originarios del Mediterráneo oriental, y los de cimera encuentran paralelos en el mundo greco-etrusco, conclusiones defendidas y argumentadas por Almagro<sup>11</sup>.

Los carros reproducidos en las estelas constituyen otro elemento cultural de singular importancia. Todos ellos están representados de forma convencional, a vista de pájaro, y yuxtaponiendo los elementos que los componen, con ausencia total de perspectiva (fig. 1). Siempre llevan doble tiro, con los caballos uncidos, mediante yugo transversal, a un largo timón. Almagro llegó a la conclusión de que el tipo representado corresponde a carros de cuatro ruedas, aunque en algún caso llevan sólo dos; en consecuencia, estarían relacionados con los carros rituales de la cultura de los campos de urnas, y no con los del área mediterránea, generalmente de dos ruedas.

Tras el examen pormenorizado de los carros de las estelas, llegamos a la conclusión de que tienen dos ruedas y no cuatro, opinión compartida por otros investigadores<sup>12</sup>. Las cajas de los carros tienen el frente curvo y aproximadamente en su centro llevan el eje para las ruedas; en la parte posterior van dotados de asideros curvos, a uno y otro lado, para facilitar la subida. El esquematismo de las formas es lo que ha conducido a la confusión, dando lugar a que, en determinados casos, los asideros puedan ser confundidos con otro par de ruedas. No obstante, están claramente diferenciados en la estela del cortijo de Gamarrillas, junto a Ategua, en Córdoba (figs. 1.3 y 5); igualmente, en el carro de la estela de Cabeza de Buey (fig. 1.6), donde las ruedas quedan, además, singularizadas

10. Véase el artículo citado en *Trab. de Prehistoria* 33, 1976, 387 y ss.

11. M. Almagro, *Ibíd.*, 170-174. También M. Almagro Gorbea, «Casos del Bronce final en la Península Ibérica», *Trab. de Prehistoria* 30, 1973, 311 y ss.

12. V. Pingel, *op. cit.*, 4; A. Blanco, J. M. Luzón, D. Ruiz, *op. cit.*, 161; J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975 (2.ª ed.), 370 y ss., con argumentaciones y bibliografía sobre el tema, así como del origen de los cascos de cuernos.

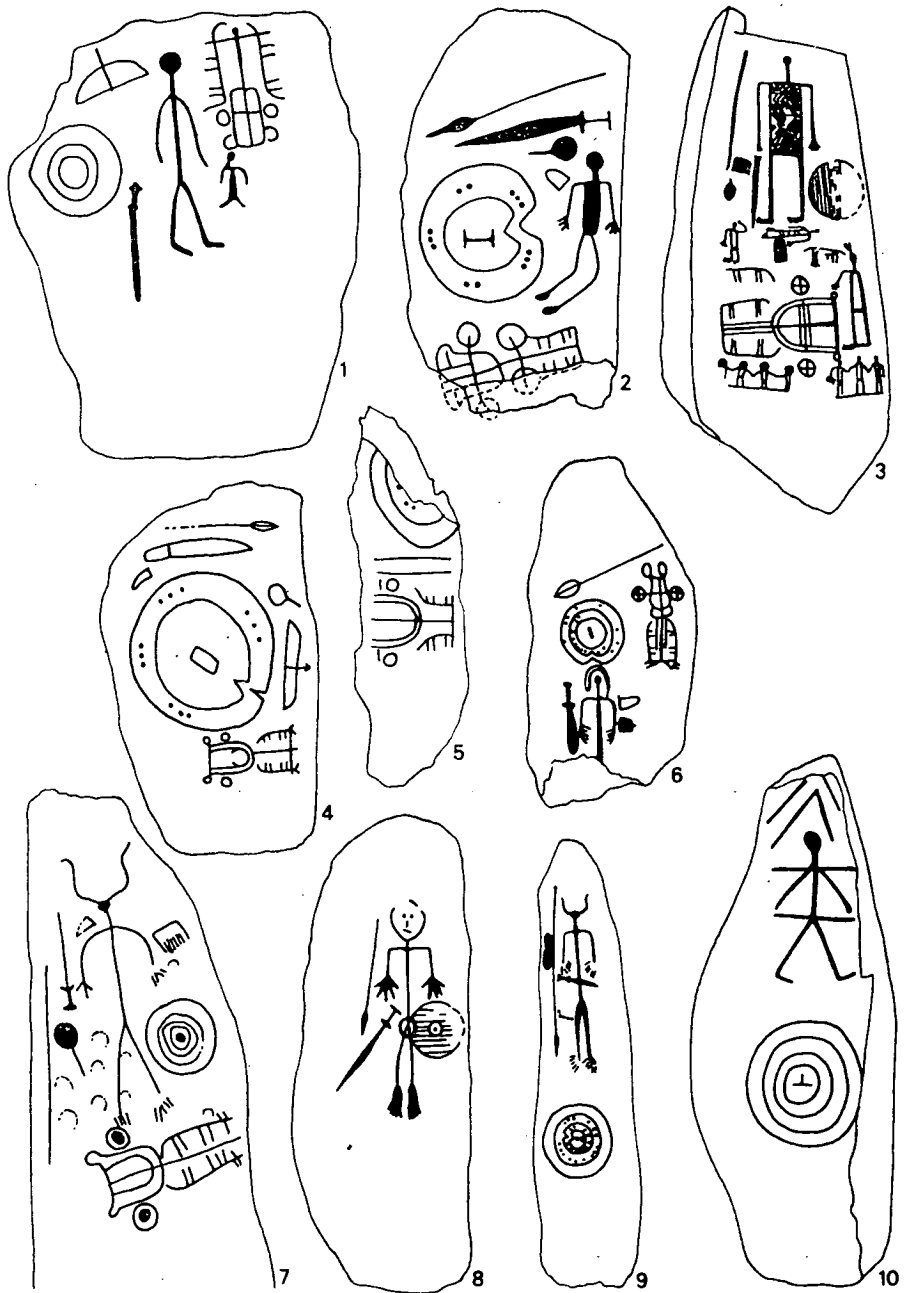


Fig. 1.—Estelas grabadas del Suroeste (esquemas de V. Pingel). 1, «Cuatro Casas» (Carmona, Sevilla). 2, Solana de Cabañas (Cáceres). 3, Ategua (Córdoba). 4, Torrejón del Rubio I (Cáceres). 5, Valencia de Alcántara II (Cáceres). 6, Cabeza de Buey (Badajoz). 7, Fuente de Cantos (Badajoz). 8, Torrejón del Rubio III (Cáceres). 9, Magacela (Badajoz). 10, Setefilla (Sevilla).



por la indicación de los radios; y algo similar ocurre en la estela de Torrejón del Rubio I (fig. 1.4). El carro de la estela de Valencia de Alcántara II (fig. 1.5) sólo muestra las dos ruedas, aunque está fragmentado y pudo llevar también los asideros. El carro de la estela de Carmona (fig. 1.1) presenta también claramente diferenciados los asideros de las ruedas; éstas aparecen separadas de la caja; aquéllos quedan unidos a la misma, y sus trazos no completan la circunferencia. El carro de la estela de Fuente de Cantos (fig. 1.7) muestra los asideros en forma de salientes curvos en la línea continua que dibuja la caja. Muy semejante a él es el de la estela de Solana de Cabañas, aunque en éste se da la particularidad de mostrar una especie de segundo par de ruedas, aunque no cogidas a la caja, sino al timón, anomalía que puede ser atribuida a un error del grabador (fig. 1.2). En conclusión, pues, los carros de las estelas que nos ocupan pertenecen al tipo de carro mediterráneo de dos ruedas, para los que cabría citar multitud de paralelos; recordemos tan sólo los representados en los grandes vasos griegos del Geométrico pleno, dibujados luego con precisión y realismo en la cerámica ática de figuras negras<sup>13</sup>.

Bastante problemática es la valoración cultural de las espadas, ya que cualquier análisis ha de topar necesariamente con el acentuado esquematismo de las representaciones, esquematismo que impide penetrar con profundidad en cuestiones de detalle. Con base en lo que es posible observar pudo Almagro relacionar las espadas de las estelas con las halladas en la ría de Huelva, e inferir, a través de ello, la existencia de vinculaciones con culturas de la Europa central<sup>14</sup>. Otros autores han defendido la filiación mediterránea del tipo al que aquéllas pertenecen<sup>15</sup>, y numerosos paralelos en tal ámbito hacen posible que nuestras espadas obedezcan a impulsos procedentes del Mediterráneo oriental, en la misma medida que lo hacen los cascos, los escudos o los carros<sup>16</sup>. Para los puñales y

13. Véase, p. ej., en P. E. Arias y M. Hirmer, *Tausend Jahre Griechische Vasekunst*, München, 1960.

14. M. Almagro, *Las estelas decoradas...*, 209 y ss.

15. H. W. Catling, «A New Bronze Sword from Cyprus», *Antiquity* 35, 1961, 115 y ss.

16. Para profundizar en cuestiones de esta índole hay que esperar a meticulosos estudios en la línea de los que se presentan en la serie de los *Prähistorische Bronzefunde*. Para algunos paralelos véanse, por ejemplo: *PBF* XX, 1 (Beiträge zu italienischen und griechischen Bronzefunde), München, 1974; *PBF* IV, 1 (Die Schwerter in Italien), München, 1970. Una nota reciente

machetes de las estelas, sostiene Almagro orígenes igualmente mediterráneos.

Entre los otros objetos representados en las estelas, todos aceptan la identificación de los espejos, aunque se ha tenido en cuenta la posibilidad de que se tratara de navajas de afeitar. La aparición de espejos en el ámbito de lo funerario es frecuente en las culturas ribereñas del Mediterráneo. Bien conocida es, por ejemplo, la presencia de espejos entre los elementos típicos de los ajuares funerarios etruscos o romanos. Por otra parte, un reciente trabajo de Silvio Ferri ofrece interesantes sugerencias acerca de la vinculación del espejo con la muerte<sup>17</sup>. Recuerda el autor los rasgos que en tal sentido se manifiestan en algunos mitos clásicos, entre ellos, los correspondientes a los ciclos mitológicos de Perseo y Dionysos. Medusa halló la muerte al petrificarse a sí misma o debilitarse cuando se vio en el reluciente escudo de Perseo; y algo similar le ocurrió a Dionysos cuando vio su propia imagen en el escudo preparado por Hefaiostos. Ciertos espejos votivos se convierten en representaciones de la famosa divinidad de la muerte, y, en el extremo del mango, en este caso representación del cuello, aparecen dos óculos que aluden a los característicos ojos de la divinidad. El parentesco de estos espejos votivos con ciertos ídolos chipriotas e hispanos parece evidente. Recuerda, además, Ferri, la estela de María Severa del Museo de Aquileia, en la que se representó a la joven difunta en el acto de mostrar un espejo al visitador, como para recordarle el día en que habría de morir también él. Quizás un espejo es lo que sostiene en la mano la figura humana de la estela de Cabeza de Buey (fig. 1.6).

Más problemático aún es cuanto se refiere a las figuras grabadas en las estelas que Almagro interpreta como broches de cinturón o, mejor, peines, y las posibles fíbulas de codo. La interpreta-

---

acerca de la complejidad de los estudios sobre la difusión y los orígenes de los diferentes tipos de espadas y la relación entre las de Europa central y las del mundo griego, puede verse en J. Bonzek, «Archaeology of the Late Bronze Age and the Early Iron Age», *Bronze Age Migrations in the Aegean*, ed. por R. A. Crossland y A. Birchall, London, 1973, 169-177. Advierte Bonzek la creación de modelos en el mundo micénico llevados al N. de Europa, y reintroducidos de nuevo en Grecia vía continental. Véase también: J. D. Cowen, «The flange-hilted cutting sword of Bronze: was it first developed in Central Europe or in the Aegean Area?», *V Int. Kongress für Vor- und Frühgeschichte* (Hamburg, 1958), Berlín, 1961, 207 y ss. (El tipo de espadas se originaría en Europa central hacia 1450, y aparece en el Egeo hacia 1250.)

17. S. Ferri, «Il significato delle palette nell'arte rupestre della Valcamonica», *Actes du Symp. Int. sur les religions de la Préhistoire*, Capo di Monte, 1975, 263 y ss.

ción de las fíbulas se presta a muchas discusiones, que pueden ser resueltas cuando se dé la oportunidad de estudiar enterramientos completos pertenecientes a las estelas<sup>18</sup>.

En resumen, pues, y como conclusión sintética de cuanto hasta ahora queda dicho, las estelas grabadas del Suroeste se configuran como elementos culturales íntimamente vinculados al Mediterráneo oriental, en fechas de hacia el siglo VIII a. de J.C. aproximadamente.

4. Una estela recientemente hallada en Valpalmas (Zaragoza) viene a prestarnos un inestimable servicio en el intento de perfilar más nítidamente las conclusiones arriba resumidas<sup>19</sup>. La estela, de piedra arenisca y 1,33 m. de altura, presenta grabados en la cara anterior un escudo redondo con escotadura en V y, debajo, un objeto en forma de campana invertida, para cuya interpretación nada ayudaban los repertorios figurativos de las otras estelas conocidas (lám. I, a).

La estela puede ser incluida en el grupo que nos ocupa, por tratarse igualmente de un monumento para hincar en el suelo, decorado con grabados de la misma técnica, y, sobre todo, por el escudo con escotadura en V, en este caso dibujado con trazos firmes y seguros, y con detalles nada frecuentes, como la decoración en líneas en zig-zag de la corona exterior. Su aparición en Zaragoza tampoco es insólita, teniendo en cuenta los ejemplares hallados en Preixana y Substantion, de la misma familia que las estelas del Suroeste.

Lo más interesante de la nueva pieza es el objeto representado bajo el escudo (lám. I, b). En la sucinta publicación de la estela que la dio a conocer, se argumentaba la posibilidad de que se tratara de una especie de coraza o defensa para el vientre. Pero tras un detenido examen, no cabe duda de que se trata de un instrumento musical de cuerda, representado, por otra parte, con un lujo de detalles inusual en el tipo de estelas con el que ésta se halla emparentada (fig. 2). En la parte inferior se halla la caja de resonancia, en forma de U, con los bordes decorados por una banda

18. Recordemos la negativa a tal interpretación manifestada por J. Maluquer en «Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos», *I Symp. de Preh. Peninsular*, Pamplona, 1960, 289.

19. G. Fatás, «Una estela de guerrero con escudo escotado en V aparecida en las Cinco Villas de Aragón», *Pyrenae* 11, 1975, 165 y ss. En *MM* 18, 1977, nota 9 de la pág. 234, rectifica el autor sobre el lugar de aparición de la estela, que es Luna, pueblo vecino a Valpalmas.

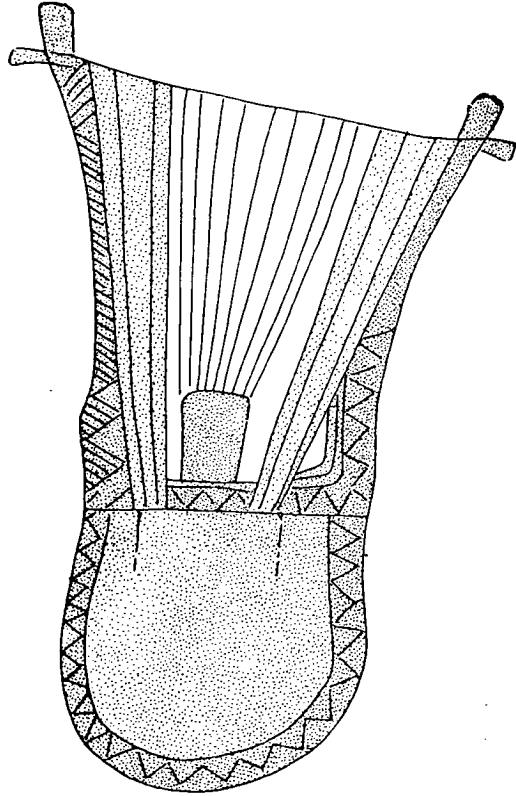


Fig. 2.—Dibujo de la *phorminx* reproducida en la estela de Valpalmas. Se destacan en punteado los elementos constitutivos del instrumento.

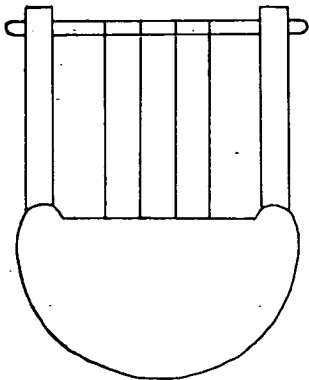


Fig. 3.—Esquema de una *phorminx* de estructura sencilla (según M. Wegner)

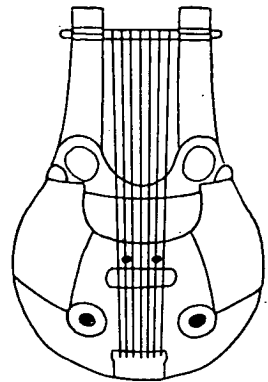


Fig. 4.—«Wiegenkithara», según M. Wegner.

con líneas en zig-zag, como en el borde exterior del escudo. De los extremos de la caja, que termina por arriba en línea recta, parten los brazos, decorados con triángulos rellenos de paralelas. Arriba, una línea representa el travesaño para fijar las cuerdas, pieza que sobresale por el exterior de los brazos, como si se tratara de una varilla que pasa por sendos agujeros abiertos en aquéllos. Diecisiete líneas convergentes de arriba a abajo parecen corresponder a las cuerdas. Las de los extremos llegan hasta el borde superior de la caja de resonancia; las del centro se unen a un cuerpo rectangular apoyado en él. Creemos que las cuatro líneas de cada lado no corresponden, en realidad, a otras tantas cuerdas, sino a tiras, quizás de un material compacto, dispuestas para dar mayor consistencia al instrumento. Obsérvese que forman un elemento macizo en apariencia, que se superpone a los brazos laterales, ocultando su decoración; lo mismo ocurre por su extremo inferior, superpuesto a la banda horizontal de la caja de resonancia. Las cuerdas serían, pues, solamente las del centro, las que convergen en la pieza rectangular. Su número resultaría ser, por tanto, el de nueve.

La presencia de un instrumento musical de cuerda en esta estela es un hecho nuevo que nos permite adentrarnos en cuestiones de ritual funerario con mejores posibilidades que hasta ahora. Sabemos que, desde muy antiguo, las culturas del Próximo Oriente asociaron a los ritos de la muerte instrumentos de cuerda de diferentes variedades<sup>20</sup>. Uno de los ejemplos más ilustrativos de ello lo tenemos en los famosos ajuares hallados en las tumbas de las primeras dinastías de Ur, de hacia mediados del tercer milenio antes de J.C. Acompañaban al difunto músicos con arpas de lujosa decoración, así como sus carros, tirados por bueyes<sup>21</sup>. Basta aludir a esta forma de enterramiento para caer en la cuenta de la configuración, en las grandes culturas de Mesopotamia, de ritos funerarios que van a perdurar largo tiempo y a extenderse por todo el Mediterráneo. Recordemos, asimismo, el ritual que describen las pinturas del sarcófago de Hagia Triada<sup>22</sup>, o las tumbas chipriotas de Sala-

20. J. Rimmer, *Ancient Musical Instruments of Western Asia in the British Museum*, London, 1969, con bibliografía sobre el tema.

21. L. Foolley y H. R. Hall, *Ur Excavations. II. The Royal Cemetery*, London-Philadelphia, 1934.

22. Ch. R. Long, «The Ayia Triadha Sarcophagus. A Study of Late Minoan and Mycenaean Funerary Practices and Beliefs», *Studies in Mediterranean Archaeology*, vol. XLI, Göteborg, 1974.

mina, de la misma época que se atribuye a las estelas hispanas<sup>23</sup>.

Los paralelos más cercanos al instrumento musical de la estela de Valpalmas los hallamos en los vasos del Geométrico griego avanzado, casi siempre asociados a una escena de danza que ejecutan personajes tomados de la mano<sup>24</sup>. En unos casos es tañido por el músico que marca los acordes, a cuyo ritmo danzan las otras figuras. En otros, se lo representa aislado, como el expediente apropiado para aludir a la música sin más. El tipo de cítara, por llamarlo con un nombre habitual, que aparece en estos vasos geométricos, se corresponde perfectamente con el de la estela española (lám. II, a). Para M. Wegner<sup>25</sup>, el instrumento en cuestión, según se desprende de los escritos homéricos, era la *phorminx*, forma arcaica de cítara caracterizada por una caja de resonancia más o menos semicircular, de cuyo borde superior arrancan las cuerdas para unirse a la travesía sujeta entre los brazos (fig. 3). El número habitual de cuerdas es de cuatro. El instrumento de la estela de Valpalmas hay que incluirlo en esta tipología, aunque el más elevado número de cuerdas y otros detalles suponen una variante peculiar. La fecha atribuida por Wegner a la *phorminx*, con base en sus representaciones en la cerámica griega, muy bien seriada, corresponde a los siglos VIII al VI<sup>26</sup>. La *phorminx* evolucionará hacia una variante, ya con siete cuerdas, que llama, por su caja en forma de cuna, «Wiegenkithara» (fig. 4). Este instrumento, cuyo uso se documenta a partir del siglo VI, se aparta del reproducido en la estela de Valpalmas, sobre todo porque las cuerdas, según un sistema ya evolucionado, arrancan de la parte inferior de la caja de resonancia, de la que se separan mediante un puente como en nuestras guitarras actuales. Se obtenía con ello mayor sonoridad.

El conocimiento de este nuevo elemento cultural asociado a las estelas, permite plantear la hipótesis de si también son instrumentos musicales del mismo tipo algunos objetos de interpretación difícil de las estelas del Suroeste, concretamente los que vienen siendo tenidos como peines (o en algún caso las mismas fibulas). El

23. V. Karageorghis, *Salamis in Cyprus*, London, 1969.

24. Véanse varios ejemplos en J. N. Coldstream, *Greek Geometric Pottery. A survey of ten local styles and their chronology*, London, 1968.

25. *Das Musikleben der Griechen*, Berlin, 1949; ídem, *Musik und Tanz*, *Archaeologia Homerica* III U, Göttingen, 1968.

26. M. Wegner, *Das Musikleben...*, 29-30.

tamaño de la generalidad de estos objetos en relación con las figuras humanas a las que acompañan —estelas de Ategua, de Fuente de Cantos, de Ecija— constituyen un factor de apoyo a la hipótesis propuesta, y lo mismo cabe decir del grosor del cuerpo o canto de los mismos. Desde este nuevo punto de vista, habría que examinar todas las estelas con «peines» para determinar cuanto sea posible el número de «púas» y basar en ello las conclusiones que vengan al caso. A partir de las ilustraciones contenidas en la bibliografía, de la descripción que se hace en ella de las piezas, y del examen directo de alguna estela, es posible adelantar que en algunos casos podría tratarse de instrumentos de cuatro o siete cuerdas, como en los aludidos paralelos griegos. De cualquier forma, es un hecho que la simplificación y el esquematismo de los dibujos de las estelas impiden, también en este caso, llegar a conclusiones firmes con base en el análisis de los detalles.

5. El estudio de la *phorminx* nos ha conducido a la contemplación de la cerámica del Geométrico griego, cuyo análisis resulta extraordinariamente revelador para la interpretación general de nuestras estelas. En principio, hay que decir que el lenguaje formal de las pinturas de los vasos geométricos y de nuestras estelas decoradas es básicamente el mismo. Las figuras son convertidas en esquemas geométricos y abstractizantes que les dan apariencia de dibujos infantiles. Es muy ilustrativo el sistema de representar los carros, que en ambos mundos se resuelve mediante la yuxtaposición de los elementos que los componen, de forma que aparecen como despiezados ante nuestros ojos.

Pero vemos, además, que el conjunto de escenas que ofrecen los grandes vasos funerarios del Dipylon, se corresponden, en alguna medida, con las de las estelas que nos ocupan (lám. II, c). La más representativa de todas es la aparecida en las inmediaciones de Ategua, en Córdoba (fig. 5). Arriba, en el lugar más destacado de la estela, se halla un personaje de gran tamaño, dibujado con rigurosos trazos rectos, con el cuerpo decorado mediante geometrismos muy sencillos en los que se ha querido ver a la representación de la coraza. Junto a él, sus armas, una especie de espejo, y el polémico objeto que cabe interpretar como peine o, tal vez, como el instru-

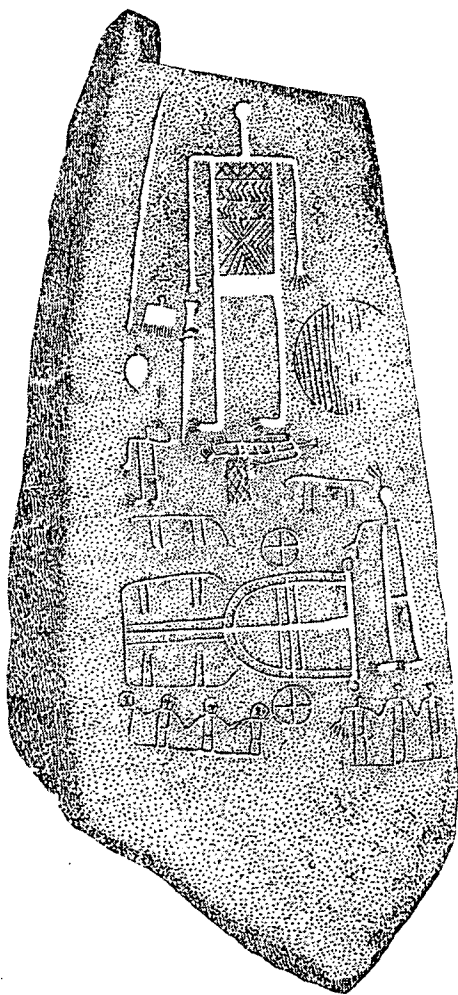


Fig. 5.—Reproducción de la estela del cortijo de Gamarrillas, junto a Ategua (Córdoba). Según M. Almagro Bosch.



mento musical antes tratado<sup>27</sup>. Debajo aparecen dos figuras, una tendida y otra de pie, que a la luz de las escenas típicas de los vasos funerarios griegos no son difíciles de interpretar. Se trata de una escena de prothesis resuelta con la ingenuidad y el esquematismo que caracterizan los grabados de las estelas. El personaje tendido es el cadáver del difunto, y el rectángulo rayado situado bajo él, el lecho o la pira en el que descansa. La figura inmediata lleva una de sus manos a la cabeza, gesto de lamentación repetido en la generalidad de las escenas de esta índole en los vasos del Geométrico<sup>28</sup>. Inmediatamente debajo de la escena se ven dos animales muy esquemáticos y de pequeño tamaño, de los que sólo puede decirse que se trata de cuadrúpedos, y que deben de tratarse de las cabras u otros animales menores que se sacrificaban en la pira funeraria en honor del muerto. Del mismo modo los vemos, por ejemplo, en la escena de prothesis de la gran crátera del Dipylon que se conserva en el Metropolitan Museum de Nueva York (lám. II, c).

En un tercer nivel aparece el carro y, tras él, una figura humana, quizás un servidor del personaje principal, o él mismo representado en vida. Por último, en la parte inferior de la estela, aparecen dos grupos de cuatro y tres personajes tomados de las manos, que han sido interpretados como los hijos del difunto. Parece incuestionable que se trata, en realidad, de personas que ejecutan una danza fúnebre, danza que tenemos documentada en numerosos vasos griegos geométricos, y asociada a la música propia de la *phorminx*. Los cantos, de carácter épico seguramente, debían ser otro de los acompañantes o ingredientes de este tipo de danzas fúnebres.

En suma, la estela de Ategua, y todas las de la serie, muestran una profunda vinculación con el mundo egeo de la época del Geométrico, realidad que se apoya tanto en argumentos de tipo formal o tipológico, como en el conjunto de formas rituales e ideológicas aludidas en las representaciones.

6. Para la adecuada valoración cultural de este hecho conviene ahora hacer referencia a testimonios arqueológicos de otra índole

27. Anotemos también sobre el particular que en las versiones dibujadas de esta estela se indica una especie de apéndice en la parte superior del «peine», si bien parece que se trata de una erosión casual de la piedra.

28. Puede observarse en ellos que tal gesto es ejecutado llevándose las dos manos a la cabeza, o una sola, como en la estela cordobesa. Véase G. Ahlberg, «Prothesis and Ekphora in Greek Geometric Art», *Studies in Mediterranean Archaeology*, XXXII, Göteborg, 1971.

relacionados con las estelas, referencias que, en los límites propuestos para el presente trabajo, no pretenden ser exhaustivas, sino tan sólo dar mayor amplitud a las bases que sustentan nuestras argumentaciones.

6.1. Recordemos, en primer lugar, las importantes tumbas del cabezo de «La Joya», en Huelva, alguna de las cuales ha proporcionado los mismos elementos reales que muestran los grabados de las estelas: carros, armas y otros objetos. Tal vinculación fue ya señalada por el propio excavador de las tumbas, Juan Pedro Garrido, quien, asimismo, subrayó los lazos evidentes que unen las tumbas onubenses con las chipriotas de Salamina<sup>29</sup>.

Este paralelismo entre las tumbas de uno y otro extremo del Mediterráneo, es uno de los testimonios arqueológicos que con mayor peso acreditan la importancia de Chipre en las aportaciones culturales procedentes del Mediterráneo oriental. No vamos a citar, por conocidos, la multitud de trabajos que en nuestra bibliografía aportan datos sobre tal fenómeno. Fijémonos tan sólo en la importancia que a tal hecho dio, hace ya bastantes años, el profesor Maluquer<sup>30</sup>. Defendía entonces la necesidad de diferenciar lo fenicio de lo chipriota para el mejor entendimiento de los componentes orientales en la génesis de Tartessos; lo fenicio vendría marcado por la actividad mercantil, lo chipriota por la artesana y minero-metalúrgica. En Tartessos primaria el componente chipriota, como se deduce del análisis de sus aspectos religiosos o de las actividades económicas vinculadas a la minería, que son la base de la prosperidad tartésica. En la joyería subraya Maluquer la forma nada casual de los pectorales del tesoro del Carambolo, que reproducen las de los tradicionales lingotes de cobre chipriotas, así como el gusto por las diademas con remates triangulares y los collares con múltiples amuletos, característicos de Chipre. En suma, concluía Maluquer la existencia de una íntima vinculación entre

---

29. Puede ser de interés recordar que en la tumba número 9 aparecieron, junto al brazo derecho de la persona inhumada, varias placas de marfil colocadas una junto a otra, cuyo sentido se desconoce; y entre las piedras una especie de bastoncillo con pomo del mismo material. Cabe preguntarse si se trata de los restos de un instrumento musical de cuerda a la vista de cuanto llevamos expuesto. Cf. J. P. Garrido, *Excavaciones en la necrópolis de la «La Joya», Huelva*, EAE 71, Madrid, 1970, 46, fig. 33, láms. XLI y XXXV.

30. J. Maluquer, «Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos», cit. en nota 18 273 y ss.

Tartessos y Chipre: «al parecer, la civilización tartesia es en esencia una cristalización en Occidente de un estímulo chipriota probablemente ejercido desde muy antiguo en el segundo milenio a consecuencia de la búsqueda de la riqueza minera»<sup>31</sup>.

6.1.1. Llegados a este punto, permítasenos una digresión en torno a una de las estelas más enigmáticas de las hasta ahora conocidas, la de Setefilla<sup>32</sup>. Más lacónica que alguna de sus hermanas, sólo muestra, por debajo de su altura media, un escudo sin escotadura, y arriba el diseño lineal de un personaje muy geometrizado, sin apenas concesiones al naturalismo formal (fig. 1.10). Es ya un rasgo singular el que, a diferencia de la actitud estática de la generalidad de las figuras en las demás estelas<sup>33</sup>, la de Setefilla avanza decididamente hacia la derecha. Varias líneas en ángulo sobre la cabeza han hecho pensar si se trata de la alusión, extremadamente esquemática, a un casco similar a los de las estelas de Santa Ana de Trujillo o de Cabeza de Buey (fig. 1.6), aunque nada seguro pueda decirse en este caso. Pero más espinosa resulta la interpretación de las líneas horizontales que cruzan el cuerpo a la altura de los hombros y de la pelvis. Los dos trazos oblicuos que parten de los hombros parece claro que representan los brazos, movidos al ritmo de las piernas y subrayando con ello la actitud de marcha de la figura. El trazo horizontal inferior podría ser la espada, cruzada en la cintura como en las estelas de Magacela (fig. 1.9) o de Dos Hermanas, aunque en el caso de Setefilla ningún detalle contribuye a determinar su condición de espada, y sí en los otros dos ejemplos citados. Todavía más problemático es el trazo horizontal situado a la altura de los hombros, para el que se ha supuesto que se trata de la lanza, lo que es aún más improbable a la vista de su forma y su posición nada lógica ni parangonable con las otras estelas.

En el intento de encontrar soluciones a los problemas de interpretación de la figura, su confrontación con particularidades de la arqueología chipriota vuelve a proporcionarnos sugerencias útiles, que aunque no sean base suficiente para sentar conclusiones defini-

31. J. Maluquer, *op. cit.*, 297. Anotemos también que en su ensayo general sobre *Tartessos* (Barcelona, 1970) dará mucho menos énfasis a los débitos de la cultura tartésica con Chipre.

32. M. Almagro, «Dos nuevas estelas...», 326-327.

33. V. Pingel se pregunta si no quieren ser la representación del difunto en su propia tumba y rodeado de su ajuar (*op. cit.*, 8), lo que parece bastante probable.

tivas, pueden ponernos en el camino hacia ellas, y por esa razón las traigo ahora a colación. En efecto, varios vasos figurados chipriotas de época micénica, presentan a un individuo portando un objeto sobre las espaldas, cuya representación esquemática es el paralelo más claro que conocemos con la figura de Setefilla. El personaje en cuestión aparece por dos veces en una crátera hallada en una tumba de Pyla-Verghi, y una sólo vez en la llamada «crátera de Zeus» (lám. II, b) descubierta en Enkomi por la Swedish Cyprus Expedition, y en otra, también de Enkomi, puesta a la luz por la British Museum Expedition<sup>34</sup>. La interpretación del objeto portado no resulta fácil, y los arqueólogos que se ocuparon del tema llegaron a suponer que podía tratarse de un escudo o de una doble hacha, aunque ninguna de estas interpretaciones resultaba satisfactoria. P. Dikaios, en la obra citada sobre sus excavaciones en Enkomi, parece haber llegado a la solución del enigma, aportando con ello datos del mayor interés para la rica arqueología de Chipre. Observó Dikaios que el objeto portado debía ser pesado, ya que el personaje lo lleva sobre las espaldas al tiempo que lo sujeta firmemente con las dos manos. Tras una meticolosa argumentación, concluye que lo transportado es un lingote de cobre, representado mediante un esquema convencional muy similar al que, con el mismo fin, aparece en las tabletas de Knossós o en algunas pinturas egipcias (tumba de Rekhmire en Tebas). La identificación venía avalada, además, por el paralelismo con una esculturilla en bronce, donde con más detalle se precisaba la forma de transportar los pesados lingotes de cobre. El esquematismo lineal de estas piezas en la pintura de los vasos se justifica por la voluntad del pintor de distinguir el cuerpo del portador del lingote, lo que obligaba, teniendo en cuenta la altura de su pericia técnica, a reducir a este último a sus líneas de contorno sintetizadas en un esquema lineal en equis. Para un chipriota de la época, la interpretación de la figura carecía, de seguro, de toda dificultad, ya que no podía resultarle más familiar la forma del objeto en cuyo comercio radicaba su afamada prosperidad. La reinterpretación que hace Dikaios de las escenas pintadas en la llamada «crátera de Zeus», con base en las conclusiones resumidas, resultan sumamente interesantes<sup>35</sup>, pero se apartan ya del objeto de nuestro estudio.

34. P. Dikaios, *Enkomi. Excavations 1948-1958*, II, Mainz am Rhein, 1971, 918.

35. P. Dikaios, *op. cit.*, 918-921.

Volviendo a la figura de Setefilla, quizás el grabador quiso representar en este caso no a un guerrero, sino a uno de esos portadores de lingotes de cobre, sólo que con un lenguaje aún más escueto —justificable por ser un grabado en piedra—, aunque también aquí coinciden las líneas fundamentales del esquema que ofrecen los vasos chipriotas. Partiendo de esta hipótesis, puede suponerse que los brazos abiertos y dirigidos a los extremos del trazo horizontal inferior obedecen a la necesidad de sujetar con firmeza el lingote transportado, todo ello en la misma actitud de marcha que se observa en los portadores de los vasos comentados. Conviene recordar que también aquí, la prosperidad de las culturas del suroeste hispano, y sobre todo de Tartessos, radicó en buena medida en la riqueza en cobre, hasta el punto de que la forma característica de los lingotes chipriotas llegó a convertirse en símbolo de poder y de riqueza, como puede colegirse de los pectorales del tesoro del Carambolo y de otros similares aparecidos en el área tartésica<sup>36</sup>.

Nuestra argumentación, como decíamos, no pretende haber llegado a conclusiones definitivas, y sigue quedando casi todo por aclarar. Así, el significado del escudo y del supuesto casco de la estela de Setefilla. Para ello, y dentro de la línea argumental seguida, puede resultar interesante aludir a una figurita de bronce hallada en Enkomi y fechada alrededor del 1100 a. de J.C. Representa a un guerrero barbado, con túnica corta, casco de cuernos y grebas, y blandiendo una lanza y un escudo redondo y pequeño. Lo más sorprendente de la figurilla es que reposa sobre una peana con la forma característica de los lingotes de cobre chipriotas. Schaeffer, que la descubrió en un santuario, supuso que podía ser tomada por la personificación de un dios protector de las minas de cobre del país<sup>37</sup>. Si ello es cierto, puede que la transposición de la imagen del lingote al terreno religioso nos ayude a entender mejor la estela de Setefilla o los colgantes tipo Carambolo, concebidos, quizás, como auténticos amuletos.

No son menos evidentes los problemas de cronología a la hora de relacionar los testimonios hispanos mencionados con los del mundo chipriota. Los vasos de los portadores de lingotes corres-

36. E. Kukhan y A. Blanco, «El tesoro de El Carambolo», *AEspA* 32, 1959, 38 y ss.

37. C. F. A. Schaeffer, «Götter der Nord-und Inselvölker in Cypern», *Archiv für Orientalforschung* 21, 1965, 59 y ss.

ponden a la época de dominación micénica de la isla, con fechas situables en el siglo XIV, a más de cinco siglos de distancia de las fechas sostenidas hasta ahora para las estelas grabadas del Suroeste. Más cercana en el tiempo sería la figurita del supuesto dios de Enkomi, pero también algo lejana. Hay que decir, no obstante, que la cronología de las estelas puede ser puesta en revisión, lo que requeriría análisis muy minuciosos y la consideración de los estudios más recientes.

6.2. Otro elemento cultural de la mayor importancia relacionado con las estelas lo constituyen las cerámicas llamadas de «retícula bruñida». Aparecen en los ajuares de las tumbas de «La Joya», y su área de difusión viene a coincidir, aproximadamente, con la de las estelas. Las fechas propuestas para esta variedad cerámica son igualmente coincidentes<sup>38</sup>. Para explicar la presencia en la Península de este tipo de cerámicas se proponen una serie de hipótesis resumibles en tres: que se trata de un fenómeno autóctono con raíces en cerámicas mucho más antiguas del Eneolítico; que se deben a influencias continentales indoeuropeas; y que proceden de las aportaciones de los pueblos mediterráneos. Juan Pedro Garrido da cuenta de la existencia de paralelos en el Mediterráneo oriental, pero se inclina por creerlas originarias de las culturas centroeuropeas del Hallstatt<sup>39</sup>. Mariano del Amo tiene en cuenta los mismos fenómenos, pero considera más probable un origen autóctono, aunque no existan antecedentes en las cerámicas de las cistas onubenses del Bronce pleno<sup>40</sup>. A estas alturas no es fácil dar la cuestión por zanjada, sobre todo teniendo en cuenta que sólo en los últimos años se ha prestado a esta cerámica la debida atención en nuestros estudios. Por otra parte, la intensificación de excavaciones metódicas en el sector suroccidental de la Península habrá de completar sensiblemente el cuadro de su distribución geográfica, todavía insuficientemente conocido. Adelantemos, sin embargo, nuestra creencia en la relación que guardan las cerámicas con decoración bruñida con impulsos culturales procedentes del Mediterráneo oriental, donde existen precedentes indudables<sup>41</sup>, y cuya

38. Véase una síntesis de la cuestión en M. del Amo, «Cerámica de 'retícula bruñida' en Medellín», *XII CAN* (Jaén, 1971), Zaragoza, 1973, 375 y ss., con la bibliografía sobre el tema.

39. J. P. Garrido, *op. cit.*, 74-75.

40. M. del Amo, *op. cit.*, 376-377 y 382.

41. Véase, por ejemplo, R. Heidenreich, «Vorgechichtliches in der Stadt Samos. Die Funde», *Ath. Mitt.* 60-61, 1935-36, 125 y ss., láms. 41-42.

vinculación con las cerámicas españolas ha sido señalada en más de una ocasión<sup>42</sup>. En definitiva, con las cerámicas de decoración bruñida nos hallamos ante un problema similar al que plantean las propias estelas grabadas del Suroeste, que con rasgos que se perfilan como originarios de la cuenca oriental del Mediterráneo, adquieren aquí fisonomía propia y un desarrollo específico y diferente de sus primitivas fuentes de inspiración. Tal fenómeno tendría su explicación si se piensa en una colonización que se desvinculó luego de sus lugares de procedencia, dando a sus manifestaciones monumentales un sesgo personal, con desarrollo propio, aunque sin perder el sello de sus raíces originarias.

7. Cuanto llevamos dicho nos conduce al planteamiento de un tema ya clásico de nuestra arqueología: los orígenes y el contenido de la cultura de Tartessos. Ni que decir tiene que profundizar en su problemática desborda totalmente los límites del presente artículo. Haremos, sin ir más allá, algunas observaciones que se desprenden de lo anteriormente expuesto, por si en algo clarifican los múltiples problemas que todavía plantea nuestra más importante cultura protohistórica.

En la fijación de los elementos culturales propios de la cultura tartésica, los estudios de García y Bellido, Carriazo, Blanco, Maluquer, Blázquez y tantos otros, han puesto en valor la importancia de un fuerte impacto cultural orientalizante hacia los siglos VII y VI, impacto que tiene su más cumplida exteriorización en las joyas, los marfiles o la cerámica de tipo paleopúnico<sup>43</sup>.

Como contrapunto a la acción de los colonizadores extranjeros, algunos autores han defendido el lugar destacado que hay que conceder al componente indígena de la cultura tartésica. El profesor Tarradell argumentaba, con ocasión del Symposium sobre Tartessos<sup>44</sup>, que si la colonización fenicia actuó esencialmente igual en

42. Además de lo citado, recordemos las afirmaciones de J. Maluquer en «Nuevas orientaciones...», 287. Por un origen oriental se inclina C. López Roa en un último artículo: «La cerámica con decoración bruñida en el suroeste peninsular», *Trab. de Prehistoria* 34, 1977, 346. El mismo planteamiento puede hacerse con las cerámicas pintadas tipo «Carambolo», cuyo parentesco con las del Geométrico griego fue ya señalado por Pellicer en el *V Symposium de Preh. Pen. (Tartessos)*, y recientemente por Almagro Gorbea (*BPH*, 14).

43. Para la visión del problema en nuestra ya densa bibliografía véase el trabajo de última hora de M. Pellicer, «Historiografía tartésica», *Habis* 7, 1976, 229 y ss.

44. M. Tarradell, «El problema de Tartessos visto desde el lado meridional del Estrecho de Gibraltar», *V Symp. de Preh. Peninsular*, Barcelona, 1969, 221 y ss.

el norte de Africa que en la zona andaluza, y si los resultados de su acción fueron radicalmente distintos a uno y otro lado del Estrecho, había que deducir, lógicamente, que el sustrato local pretartesio desempeñó un papel decisivo en la configuración de la gran cultura andaluza.

Lo que conocemos en el área del Suroeste como inmediatamente anterior a la acción fenicia, cuyas fechas corresponden fundamentalmente a la segunda mitad del VIII y a los siglos VII y VI, son las estelas grabadas extremeño-andaluzas, las cerámicas con decoración bruñida y los elementos culturales que las acompañan, y ellos, más que de puro indigenismo, nos hablan, según lo ya expuesto, de otro fenómeno étnico-cultural, con raíces igualmente en el Mediterráneo oriental, y remontable, al menos, a comienzos del siglo VIII a. d. J.C. Este fenómeno definiría ya la civilización tartésica, que sería matizada luego por el triunfo de las modas orientalizantes.

Corresponde ahora perfilar el verdadero carácter de ese fenómeno previo a la aculturación fenicia. En principio, el contenido y la difusión de las estelas son indicio de algo mucho más profundo que la simple matización cultural resultante de contactos habidos por intercambios comerciales. Es evidente que hay que pensar en una verdadera inmigración, puesto que sólo así se explica la profundidad del cambio cultural operado sobre el sustrato preexistente del Bronce pleno. Los emigrados trajeron consigo sus armas características, sus carros de batalla, sus ritos y costumbres religiosas y funerarias, su música y sus cantos, y, hay que pensarlo también, su escritura.

Ha de ser precisamente el estudio de la escritura una de las bases más firmes en la determinación de los lugares de procedencia de las gentes portadoras de la cultura material manifiesta en las estelas. Los estudios de las primitivas escrituras del Suroeste son de una complejidad extraordinaria y escapan totalmente a nuestra competencia. La meritoria labor de quienes se afanan en su desciframiento, pese a los importantes logros conseguidos, no se ha visto todavía recompensada por la solución de sus múltiples enigmas.

En el estado actual de las investigaciones sobre el problema, se sabe que las más antiguas escrituras documentadas en la Península proceden del suroeste peninsular, y por su fecha, lugar de apa-



rición y contexto arqueológico, han de estar relacionadas con la llegada de gentes del Mediterráneo oriental que revelan las estelas. Algunos de esos antiguos letreros aparecen grabados en vasos de «retícula bruñida» en la provincia de Huelva, y han sido estudiados por Javier de Hoz<sup>45</sup>. Les asigna el autor fechas incluíbles en el siglo VII, dada la imprecisión cronológica de los vasos en los que fueron grabados<sup>46</sup>, si bien, con base en argumentos estrictamente arqueológicos, la cerámica con decoración bruñida soporte de los letreros puede ser llevada con propiedad al siglo VIII<sup>47</sup>.

En el estudio de estas primitivas escrituras hispanas se han intentado diferentes vías de desciframiento mediante la comparación con otras escrituras del Mediterráneo en ensayos bien conocidos por todos los interesados por el tema. Los estudios más recientes parecen haber descartado su vinculación directa con escrituras griegas arcaicas y buscan en el mundo fenicio las raíces de nuestros más antiguos testimonios escritos. Javier de Hoz, en el reciente trabajo citado anteriormente, sostiene que «todas las pruebas de influencia griega en el origen de la escritura meridional se reducen a una sola letra, *a* (S20), cuya forma tampoco aparece en la historia de la escritura con el alfabeto griego...»<sup>48</sup>. A las razones de tipo lingüístico añade consideraciones históricas, que en relación a cuanto pudiera pensarse acerca de impulsos culturales procedentes de Grecia, resume en la idea de que «no parece posible un influjo griego en la Baja Andalucía, capaz de conformar en parte una escritura local, antes de fines del siglo VII»<sup>49</sup>.

45. J. de Hoz, «La epigrafía prelatina meridional en Hispania». *Actas del I coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Salamanca, 1974), 1976, 337 y ss., con la bibliografía sobre el particular hasta el año de edición.

46. J. de Hoz, *op. cit.*, 282.

47. Uno de los grafitos, el I Huelva Cl (p. 272) de J. de Hoz, se halla en un fragmento de cuenco con decoración bruñida de pasta cuidada y carena muy señalada, rasgo que según sus descubridores es claro indicio de antigüedad, estimándolo entre los primeros del cuadro evolutivo del tipo que en su publicación proponen (cf. J. M. Blázquez et al., *Huelva Arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro*, Huelva, 1970, 14). Parece ya demostrado, por otra parte, que los cuencos bruñidos del tipo comentado son anteriores a la aparición de la cerámica paleopúnica (véase, p. ej., M. Pellicer, «Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas», *V Symp. de Preh. Peninsular*, 291 y ss.), con la que sólo conviven formas degeneradas de los platos con decoración bruñida, como hemos podido determinar en la excavación del Cerro Macareno (véase un adelanto de las conclusiones en M. Pellicer y M. Bendala, «La estratigrafía del Cerro Macareno y su contribución a la cronología de la protohistoria tartésica», *VIII Symp. Int. de Preh. Peninsular*, Córdoba, 1976, en prensa). Lo mismo ha podido observarse en la necrópolis de Setefilla: cf. M. E. Aubet, *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río*, Sevilla, Barcelona, 1975, *passim*.

48. J. de Hoz, *op. cit.*, 281.

49. *Ibid.* 281.

Sin entrar en argumentaciones lingüísticas, por razones obvias antes apuntadas, creemos que el cuadro que acabamos de ofrecer, con base en los testimonios arqueológicos, puede modificar los condicionamientos históricos que subyacen en las conclusiones de los lingüistas. En este sentido son de extraordinario interés los letreros grabados en los vasos con decoración bruñida. Aunque, como ya dijimos, no se conoce suficientemente su difusión en la Península, estamos ya en condiciones de comprobar que sus lugares de aparición se apartan de aquellos en los que las fuentes y la arqueología acreditan la presencia de fenicios<sup>50</sup>. Esta especie cerámica se concentra en la región del bajo Guadalquivir, Huelva, puntos de Extremadura, sur de Portugal y desembocadura del Tajo, y nunca se documenta en el cono de Cádiz y las costas de Málaga o Granada, lugares por excelencia de los establecimientos fenicios. Por tanto, si la aparición en la Península de las cerámicas con decoración bruñida no guarda relación alguna con la llegada de los colonos fenicios, resulta arqueológicamente difícil de explicar que los letreros aparecidos en ellas sean de raíces fenicias precisamente. Sobre todo si en su zona directa de influencias no se conocen letreros, grabados en cerámica o en otras piezas, como los documentados en Huelva y regiones vecinas.

Las estelas grabadas del Suroeste, como ya se dijo, pueden ponerse en relación con las cerámicas de decoración bruñida, y su área de difusión coincide, aproximadamente con la de aquéllas. Su dispersión también es sólo parcialmente conocida, y continuas novedades en este campo permiten presagiar ampliaciones considerables. No obstante, se pueden también en este caso perfilar conclusiones y hacerse idea cabal de sus principales áreas de concentración. Para estos monumentos, por otra parte, está ya documentada una clara prolongación geográfica en el nordeste peninsular y el sur de Francia, donde han aparecido la estela comentada de Valpalmas, otra descubierta también recientemente en Preixana (Cervera, Lérida)<sup>50</sup>, y la de Substantion, en Montpellier<sup>51</sup>. También se apartan, pues, de la esfera de acción de los fenicios, y teniendo en cuenta su área de dispersión y el contenido cultural antes comentado, pueden ponerse en relación con una colonización efectiva de signo griego

50. M. Almagro, *Misc. Arq. I*, 1974, 32-39.

51. M. Almagro, *Las estelas decoradas...*, núm. XLII.

o, mejor, greco-chipriota, que sería la base del fenómeno Tartessos.

La historicidad de una colonización griega en la Península anterior a las muy probadas de los samios y, sobre todo, focenses, ha sido defendida en no pocas ocasiones. En la obra clásica del profesor García y Bellido sobre la presencia de helenos en España<sup>52</sup> se recogen numerosos testimonios acerca de esas remotas colonizaciones y se analizan los datos que en las fuentes antiguas podían testimoniarlas. Es bien cierto que las noticias contenidas en las fuentes están muy desprestigiadas, desde el punto de vista histórico, por su contaminación con el ciclo de los «nostoi», las narraciones que hablan de la fundación de colonias por los griegos en todo el Mediterráneo tras la guerra de Troya. No obstante, eliminando el componente legendario de todas estas noticias, pueden entresacarse datos con valor plenamente histórico. En este sentido es generalmente aceptada la llegada a nuestras costas de los rodios en el siglo VIII, y la fundación de Rhode, que pasaría luego al dominio massaliota<sup>53</sup>. Indagaciones de otra índole, como la referida a la localización de los topónimos con sufijos en *-oussa*, probaban la existencia de antiguas rutas de navegación griegas que, por el borde septentrional del Mediterráneo y las islas, llegaban hasta las costas de Cádiz y Huelva, apartándose, además, de la ruta africana, controlada por los semitas. La riqueza minera de la Península no dejó de interesar nunca a los griegos, que debían guardar memoria de las navegaciones de anteriores etapas históricas. García y Bellido llegó a la conclusión de que el tráfico comercial griego con el lejano Oriente era indiscutible, por lo menos, desde la primera mitad del siglo VIII<sup>54</sup>.

La arqueología no documentaba suficientemente este hecho. Se conocían testimonios aislados y escasos, que resultaría ocioso enumerar ahora. Es pertinente, no obstante, subrayar que el incremento de hallazgos y estudios arqueológicos tienden a corroborar la veracidad de esa antigua colonización. Recordemos, como ejemplo significativo, la aparición de última hora de un fragmento de cerámica del Geométrico griego en la propia Huelva<sup>55</sup>. Si a todo ello sumamos

52. A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, Barcelona, 1948.

53. A. García y Bellido, *op. cit.*, 58. J. Maluquer, en *Simposio de colonizaciones*, Ampurias-Barcelona (1971), 1974, 125 ss.

54. *Ibíd.*, 80. Véase también el artículo del mismo autor, «Las primeras navegaciones griegas a Iberia (siglo IX-VIII a. de J. C.)», *AEspA* 14, 1940-41, 97 y ss.

55. M. del Amo, *Huelva Arqueológica II*, Huelva, 1976, fig. 9, 9, pp. 40-42. Añadamos que la

cuanto llevamos dicho sobre las estelas y los testimonios arqueológicos que las acompañan, la historicidad de la colonización griega o greco-chipriota<sup>56</sup> remontable al menos al siglo VIII adquiere indudable consistencia. Con ella puede estar conectada la aparición de las primeras escrituras hispanas, posibilidad que ya ha sido tenida en cuenta por los lingüistas en alguna ocasión<sup>57</sup>.

No podemos dejar de citar, por último, las conocidas teorías sostenidas por Schulten acerca de la llegada a España de gentes del Mediterráneo oriental en relación con el fenómeno que vagamente se conoce como de los «Pueblos de Mar», fenómeno que para el sabio alemán sería la causa de la aparición de Tartessos<sup>58</sup>. Sus conclusiones tienen, sin duda, relación con las interpretaciones que ahora proponemos, y sobre ambas, revisiones posteriores dirán si en algo hemos contribuido a aclarar nuestra particular «edad oscura» de los comienzos del primer milenio antes de Cristo.

#### ADDENDA

Durante el proceso de impresión de este número de *Habis*, han sido publicados varios estudios de interés sobre los aspectos culturales que tratamos y, concretamente, sobre las mismas estelas del Suroeste, hecho que es la mejor prueba del enorme interés susci-

---

fecha del fragmento debe ser llevada a fines del IX o comienzos del VIII. Cf. J. N. Coldstream, *Geometric Greece*, London, 1977, 77-78.

56. Es difícil determinar el componente exacto de los inmigrantes, para los que cabría suponer una agrupación de gentes de la propia Grecia, de Chipre o incluso de Asia Menor.

57. Una autoridad indiscutible en el tema, A. Tovar, afirmaba, acerca de las inscripciones de Portugal meridional y Alcalá del Río: «Yo me había inclinado a pensar que su fecha relativamente tardía, hacia el 700 a. C., permitía situar a la escritura de Tartessos como una consecuencia de las colonizaciones griegas de esa época» [en «Tartesso en la historia y en la epigrafía», *Actas del II Cong. Esp. de Estudios Clásicos* (Madrid-Barcelona, 1961), Madrid, 1964, 599]; y J. Maluquer (*I Symp. Preh. Penin.*, 269) decía: «Los elementos chipriotas, no fenicios continentales, son los introductores de la escritura tartésica en Occidente».

58. A. Schulten, *Tartessos*, Madrid, 1972 (última ed. esp.). En la misma idea insiste modernamente A. Montenegro. Cf. en su *Historia de España. Edad Antigua I*, Madrid, 1972, 263-267; ídem, «Los pueblos del mar en España y la nueva revisión de la historia de Tartessos», *BSAAV* 36, 1970, 237 y ss. La misma idea ha sido tenida en cuenta por otros autores. Así, A. Blanco decía en cierta ocasión: «Esta tesis no ha encontrado crédito científico, aunque hay en la cuestión tartésica aspectos como el del alfabeto, el del nombre prehelénico que los griegos dieron a la ciudad, etc., que invitan a seguir contando con la posibilidad de que en la diáspora de pueblos que tienen lugar en el Mediterráneo a raíz de las últimas invasiones indoeuropeas y de los trastornos ocasionados en Oriente por los «pueblos del mar», algunas oleadas de gentes nuevas alcanzasen las cosas de la Península y contribuyesen eficazmente a la constitución del nuevo mundo, que pronto será visitado y colonizado por fenicios y griegos». («La colonización de la Península Ibérica en el primer milenio antes de Cristo», *Las raíces de España*, Madrid, 1967, 170).

tado por la cuestión. Destaquemos, de entre ellos, el libro de M. Almagro Gorbea, *El Bronce final y el período orientalizante en Extremadura*, BPH XIV, Madrid, 1977; y el artículo de M. Varela Gomes y J. Pinho Monteiro, «Las estelas decoradas do Pomar (Beja, Portugal). Estudio comparado», *Trab. de Prehistoria* 34, 1977, 165-214. Ambos añaden nuevos ejemplares al repertorio de estelas conocido e intentan una interpretación global del asunto. Con base en un minucioso estudio tipológico, en la línea de lo realizado por V. Pingel, proponen conclusiones que enlazan con las sostenidas por Almagro Basch en el libro clásico sobre el tema. La discusión de tales trabajos exige un largo análisis que hay que dejar para otra ocasión. Algunos de los otros estudios a tener en cuenta han sido incorporados a las notas a pie de página.